



POSTURAS

TULIO HERNÁNDEZ - thernandez@el-nacional.com
SOCIÓLOGO



Controversia

Cualquier observador de las opiniones que han transmitido los medios de comunicación desde el momento en que se produjo el ataque a las torres de Nueva York puede concluir que, por lo menos entre quienes sin titubeos condenan el ataque, se han deslindado dos posiciones.

De una parte, mayoritaria, la de quienes se unen a la justa indignación del pueblo y el gobierno norteamericanos, expresan su deseo de venganza y reclaman la urgencia de una represalia contundente, comparten la idea de declarar la guerra cuanto antes y, en porcentaje significativo, suponen que lo que está en juego es una confrontación entre civilización, Oriente y Occidente, barbarie y civilización.

De la otra, minoritaria en las televisoras norteamericanas canas y las redes hispanas de Estados Unidos, pero abundante en los diarios de Europa y América Latina, y también en las cadenas de Internet, la de quienes proponen, además de la condena al horror terrorista, una revisión más a fondo de las condiciones civilizatorias en las que se han cometido el atentado, de los sistemas de representación con los cuales una parte de Occidente intenta juzgar al resto del planeta, y, sobre todo, de la concepción de la política exterior, de su país,

y de sí mismos, que los estadounidenses portan desde hace mucho sin preguntarse si es democrática y justa para el resto de la humanidad.

Aquí se ubican desde profesores universitarios de Boston o Nueva York, que recogen firmas a través de Internet promoviendo una idea que podría enunciarse como “No al terrorismo, pero también no a la guerra”, hasta prestigiosos intelectuales europeos y latinoamericanos, entre ellos unos cuantos premios Nobel, que se esfuerzan por impedir que el reino de los lugares comunes, las simplificaciones, los fundamentalismos morales y los viejos nacionalismos, racimos y etnocentrismos occidentales, se reavive fanáticamente.

Entre los argumentos manejados desde esta segunda posición, hay dos que serán claves en el futuro para saber si las acciones que se tomen en estos días apuntaron a la búsqueda de la paz mundial –que, junto con la erradicación de la pobreza, debería ser el gran tema que una a la humanidad en el siglo XXI- o simplemente a curar las heridas y a proteger el orgullo y la seguridad de una nación poderosa, que por primera vez –al final, el horror de Mac Veight fue un asunto interno- ha sufrido un rudo golpe en su propio territorio.

El primero de los argumentos es histórico y, en buena medida, antropológico. Apunta a recordarnos que

nadie, ningún grupo humano, ha tenido por siempre el monopolio del horror, y que, por el contrario, éste ha sido sucesiva y metódicamente ejercido por todos, en nombre de las más diversas causas y, especialmente, de la manera más frecuente y espeluznante, a través de la práctica de mandar a matar en nombre de Dios.

El inventario sería largo, y de él no saldría bien parada prácticamente ninguna de las grandes religiones existentes. Entre otras cosas, como ha sostenido José Saramago en las páginas de este mismo diario (El Nacional, jueves 19, A-3), porque las religiones, sin excepción, han servido también para distanciar a los hombres y han sido la causa de sufrimientos inenarrables, de matanzas y de monstruosas violencias físicas que constituyen uno de los más tenebrosos capítulos de la historia humana. Para tomar un solo ejemplo, miremos atrás, hacia los siglos de ejercicio de la Inquisición, y encontraremos, en métodos y resultados, un grupo terrorista análogo al Talibán.

El segundo argumento, además de histórico, es ético, y apunta a recordarnos que las relaciones entre Estados Unidos y el mundo islámico no son ni neutras ni inocentes. Son relaciones que no pueden plantearse en blanco y negro, bueno y malos, pues para verlas con claridad es necesario recordar, primero, que el islam no es una unidad, no es algo único, y segundo, que si Estados Unidos ha sido implacable con más o menos la mitad del planeta, lo ha sido aún más con el universo islámico.

El islamismo, efectivamente, como el cristianismo y el judaísmo, está compuesto por muchas corrientes, algunas de ellas opuestas entre sí, entre las cuales el fundamentalismo criminal es una minoritaria, mientras que otras cultivan la paz y el humanismo. Por lo tanto, lo que se presiente en el actual enunciado de una “guerra contra el terrorismo”, el hecho de que ésta aparezca asociada a la idea de que se trata de una guerra contra el Cercano Oriente y el islam, es una tentación, sólidamente alimentada por décadas de etnocentrismo hollywoodense, a la que la humanidad en su conjunto debe oponerse.

Estados Unidos, por su parte, tenemos que

aceptarlo, no es un gigante ingenuo, neutral o bondadoso, que recién ha sido despertado por el aldabonazo de unos aviones convertidos en misiles. Por el contrario, como muy bien explica Edward Said, el conocido ensayista palestino radicado en Nueva York, esta nación imperial que ha estado en guerra, invadiendo o auspiciando regímenes de terror en territorios varios del planeta, ha estado también –de manera permanente y depredadora– inmerso en cualquier tipo de conflicto en todos los dominios del islam: sosteniendo a Israel contra los palestinos, financiado a Osama bin Laden contra los soviéticos, apoyando regímenes árabes opresivos de sus propios pueblos, condenando al pueblo iraquí al aislamiento.

Comprensible, entonces, aunque no justifique el terrorismo, que si en otras partes del mundo se vive un antinorteamericanismo que fluye secretamente y periódicamente aflora, que éste exista y sea aún más intenso en un mundo, el árabe, para el cual Estados Unidos es símbolo de la arrogancia y poderío ejercido en sus propios territorios.

Hay que repetirlo: nada justifica la barbarie. Pero las dimensiones de lo ocurrido en septiembre de 2001, y sus consecuencias posteriores, obligan a un gesto más digno y más sabio que la mera distribución global del viejo cartel de “Wanted” del oeste norteamericano. El mundo ha cambiado y hay que pensarlo otra vez. Porque lo que está en juego en el presente ya no es más un principio conversacional de seguridad de una nación. Eso sería repetir el juego hasta el infinito. Lo que está en juego, conociendo el horror eternamente repetido del siglo XX –el siglo del fascismo y el estalinismo, de Pinochet y Milosevic–, es un nuevo tipo de conciencia planetaria que ataque el horror en sus propias cimientos: las creencias humanas. Lo anunció hermosamente Nelson Mandela en el acto de toma de posesión como presidente de Sudáfrica, refiriéndose por supuesto al milenario sufrimiento del pueblo negro: ellas dicen lo que la humanidad debe prohibirse hacer”. Contra nadie **(E)**

